

De Osear Wilde (1)

EL DISCIPULO

Cuando Narciso murió, el estanque de su placer se convirtió de una copa de agua dulce, en una copa de lágrimas saladas, y las Oreadas vinieron llorando á través de los bosques, para decirle canciones al estanque y consolarlo.

Y cuando vieron que el estanque se había convertido de una copa de aguas dulces, en una copa de lágrimas saladas, desataron las trenzas verdes de sus cabelleras, y clamaron al estanque y le dijeron:

«No nos sorprende que lloréis de ese modo á Narciso; era tan bello!»

«Narciso era pues bello?» dijo el estanque.

«Quién puede saberlo mejor que vos?»—respondieron las Oreadas. — A nuestro lado pasaba sin detenerse; pero á vos os buscaba, y se echaba sobre vuestra ribera, y bajaba los ojos hacia vos, y en el espejo de vuestra onda miraba su belleza».

Y el estanque respondió:

«Pero yo amaba á Narciso porque, cuando él se echaba sobre mi ribera y bajaba los ojos hacia mí, en el espejo de sus ojos he visto el reflejo de mi belleza.....»

(1) No ha mucho, M. André Guide, amigo de Oscar Wilde, escribía que el grande artista había puesto nada más que su talento en sus obras, reservando el genio para la conversación, y que el autor de "Salomé" se expresaba de preferencia en apólogos.

Y en verdad que esos cuentos, esas poesías en prosa (de uno de los cuales ofrezco aquí la traducción), por la idea sutil que los genera, por su profunda é interna armonía, por su música extraña, y grande, que con el martilleo de unos mismos vocablos repetidos y vueltos á repetir, reproduce la monotonía de los cantos bíblicos, forman la parte más bella y delicada de la obra de Wilde.—ALFONSO CORTI